

Nosferatu. Revista de cine (Donostia Kultura)

Título:
Más allá de la repulsión y el placer

Autor/es:
Torres, Sara

Citar como:
Torres, S. (1990). Más allá de la repulsión y el placer. Nosferatu. Revista de cine. (2):28-31.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/40744>

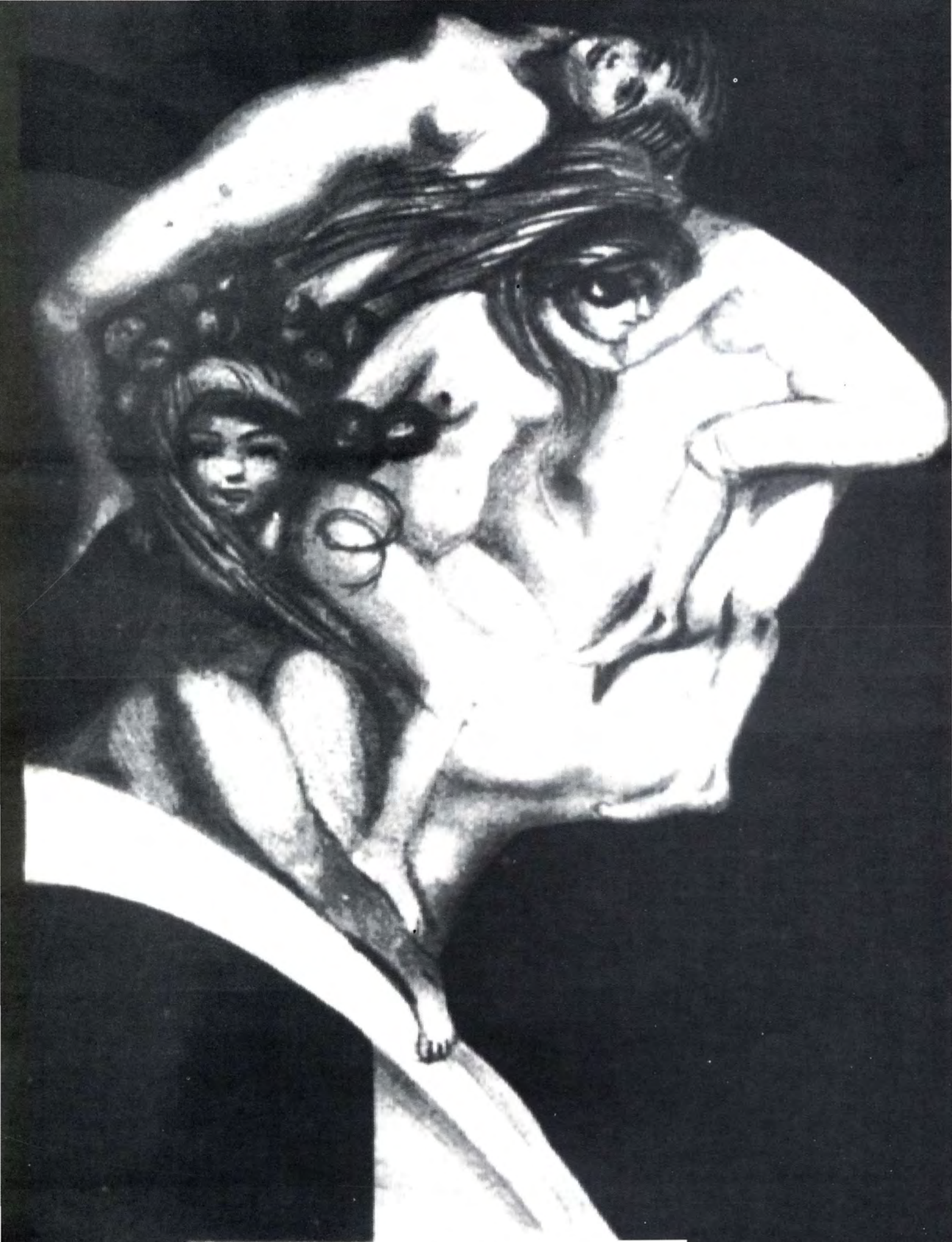
Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



donostiakultura.com



**Más allá de la repulsión
y el placer**

Sara TORRES



Al intentar aproximar el tema del terror y el del sexo -que parecen tan dispares-, el primer punto de vecindad que se le ocurre a una es el de aquella opinión de Merejowsky: *"El sexo es el único contacto de nuestra carne y de nuestra sangre con el más allá"*. También el terror nos pone en contacto con el más allá, porque todo miedo, a fin de cuentas, es miedo de la muerte y de las transformaciones que la acompañan: putrefacción, gusanos, calaveras, tormentos infernales, despedazamientos de alma y cuerpo. Primera coincidencia: tanto en uno como en otro campo nos ponemos a morir. Segunda: en ambos se llega al momento cumbre sintiendo un escalofrío... Los dos mezclan en extrañas proporciones repulsión y placer, pasando a veces de una a otro en cuestión de segundos, aunque lo más común suele ser la combinación de ambos.

Si miramos el asunto de cerca y fríamente, ese órgano flácido que de vez en cuando se yergue con osadía, de piel arrugada y fruncida como prematuramente envejecido, o esa raja en forma de herida sangrante que nunca cicatriza del todo, son visiones más alarmantes que atrayentes. Y tampoco esa montaña de carne mal cosida que avanza a trompicones, o ese rostro deformado por el fuego del fantasma de la ópera o de Freddy Krueger, analizados a la luz de la razón, resultan particularmente seductores. Sin embargo, son invulnerables a lo razonable y se pasan de todo visto bueno de la sensatez. Para los aficionados a ambos excesos, es válida la sentencia de Leo Ferré: *"Ce mal qui nous fait du bien"* (*"Ese mal que nos sienta bien"*).

Por eso ambos tipos de escalofríos son fácilmente intercambiables. Esos cuerpos desnudos y entrelazados que se agitan entre estertores con afán convulsivo pueden ser los felices participantes de una orgía o las víctimas recién degolladas de un maniaco que celebra cualquier viernes trece. Cuando vemos avanzar la sombría figura del vampiro hacia la bella durmiente que le espera en el lecho con los ojos desorbitados, no estamos seguros de si asistimos a los prolegómenos de un crimen o al comienzo de un envidiable noviazgo hasta más allá de la muerte. Todos los





grandes mitos del cine fantástico y de terror arrastran consigo una gran dosis explícita o implícita de erotismo. ¿Han conocido ustedes alguna vez amantes más desafortunados que Drácula, King Kong, El Fantasma de la Opera, Vamp, La Mujer Pantera o el recién llegado al podium Freddy Krueger? Este último es un claro ejemplo de un erotismo no explícito, pero desde nuestro padre Freud en adelante tenemos ya abundantes pistas que nos hablan del erotismo latente en la saga. Esas uñas que atraviesan voluptuosamente la carne, esas apariciones y desapariciones en la cama entre gemidos y sangre, esa lengua peligrosamente larga, ese convertir a las víctimas en carne de la propia carne. Y esos y esas adolescentes que nunca dejan de soñar con Freddy..., ¿qué querrán? ¿En realidad le huyen o le buscan? Los peor pensados nos quedamos siempre en la sombra de una duda.



El público más adicto al género fantástico y de terror es, qué duda cabe, el juvenil. Y ello no por casualidad, ni como efecto de la propaganda abrumadora (más bien diríamos que ésta se dirige a los adolescentes para proponerles los frutos prohibidos que ellos mismos ya desean), sino por razones de afinidad profunda: pues se trata del cine que mejor ha sabido manifestar y simbolizar el miedo unido al deseo que todo adolescente padece cuando su cuerpo comienza las transformaciones que le convertirán en adulto. Los adolescentes se encuentran atrapados entre la impaciencia de llegar a adultos para poder finalmente hacer lo que les plazca y el sobresalto de un ansia sexual cada vez más explícita y apremiante, que aumenta a medida que el cuerpo avanza en su desarrollo y se torna paradójicamente más definitivamente humano y más animal. La aparición del vello y de flujos como la sangre menstrual, el semen, etc., son metamorfosis vividas



por los jóvenes como algo alarmante, casi monstruoso. Sea por la influencia de la religión o de otras prohibiciones puritanas, no lo sé, pero el hecho es que el joven relaciona todos estos cambios con lo oscuro, lo misterioso, lo diabólico; y aunque no es difícil de suponer que todos los demás compañeros de edades afines están pasando y sufriendo el mismo proceso y desconcierto, éste es vivido como un terrible secreto. Mas ese secreto le identifica con los personajes de la pesadilla cinematográfica. Y sentirá hermandad por El Gran Gorila, tranquilo y solitario en la selva de la infancia, cuya paz se ve turbada por la presencia de la mujer irresistible, que le arrastrará a la gran ciudad de los mayores, al escarnio público y a la muerte. O se sentirá como ese desventurado Larry Talbot, al que la luna llena revelaba su faz bestial y sus apetencias rugientes. En cuanto a ellas, ¿qué niña no aprende que con la llegada mensual de la luna se inicia su período de *monstruación*? Y el chico que espía por la ventana a la vecina que se prepara para acostarse, ambicionaría ser la ágil y siniestra criatura nocturna que vuela hasta el balcón con los colmillos desnudos y rasga con una zarpa trémula la seda del camisón. ¿Por qué generalmente el monstruo termina por ser el personaje más simpático y con el cual nos identificamos? Sencillamente porque es la verdadera víctima, víctima de un deseo que no puede controlar, víctima de ser y padecer lo que no ha podido elegir.

“Morir, estar realmente muerto. Existen cosas peores aguardando al hombre que la muerte”. Esta afirmación se la debemos a un *verdadero* experto sobre el tema: el conde Drácula. Formula muy bien el estado de ánimo del adolescente, los trastornos y perturbaciones de ver cómo se le acercan oficios carnales que a la vez le urgen y le espantan. El sexo es tan tentador y nos reclama con tanta fuerza que la atracción se convierte en repulsión, en miedo. *La muerte*, en cambio, rodeada de tanto secreto y ceremonias nefastas, termina convirtiéndose en algo que quisiéramos ver más de cerca. La palabra “obsceno” sirve tanto para una como para otra ocasión, pues significa lo que está fuera de la vista, lo que se representa más allá de la decencia, de la salud. En las películas de terror, aún en las más explícitamente eróticas, la muerte y sus purulencias suelen ofrecerse con mayor nitidez que los aspectos sexuales. El joven que se acerca a la vida soporta mejor la ausencia misma de ésta que su abrazo demasiado apretado. Y, sin embargo, deberá entregarse a él, deberá temblar de gozo y pánico en él. Pues los mitos del terror y los de la sexualidad se unen precisamente en la conjunción de miedo y deseo: el deseo de sentir miedo, el miedo de sentir deseo.

